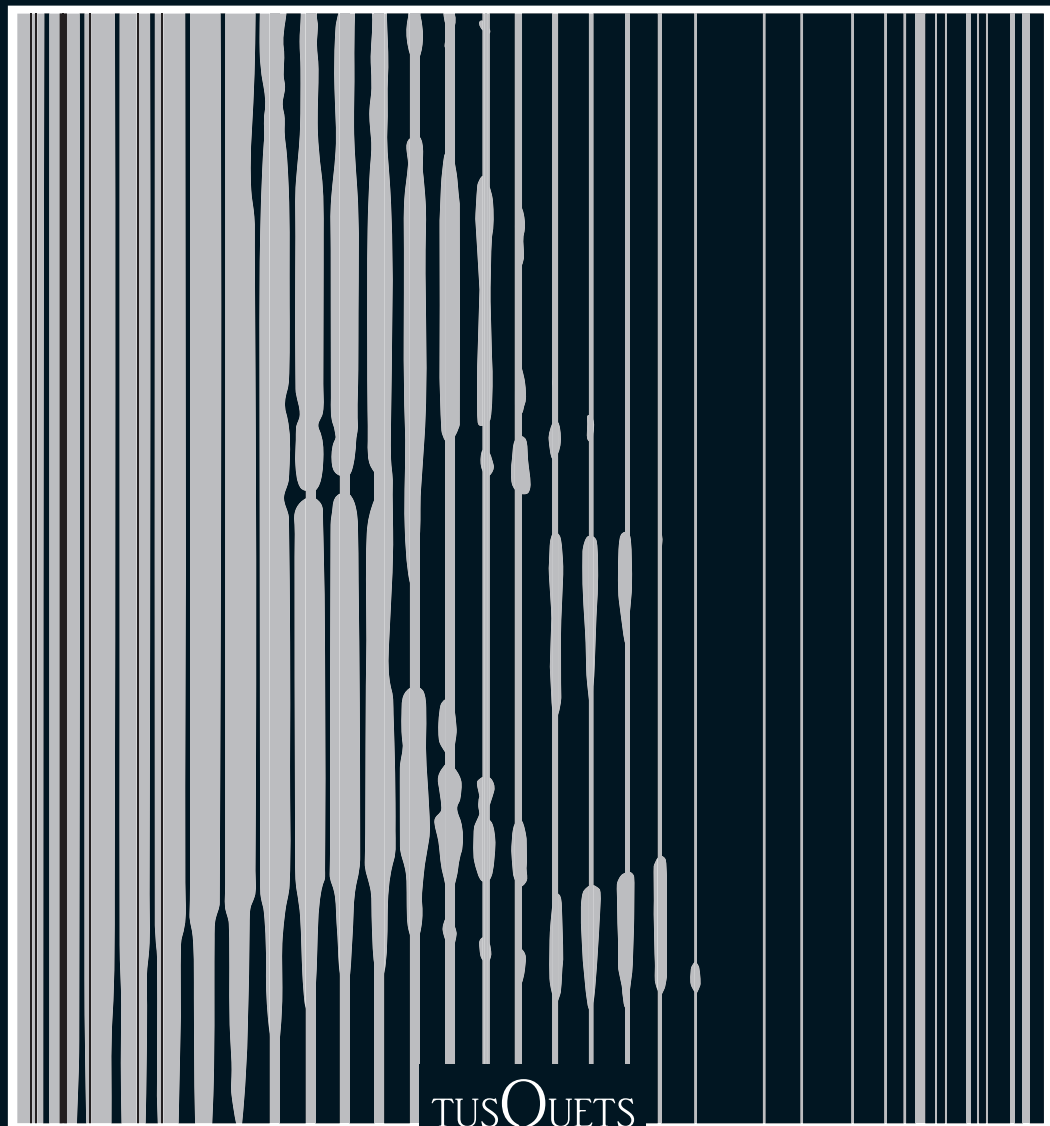


# Marc-Uwe Kling

# QUALITYLAND 2.0

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

MARC-UWE KLING  
QUALITYLAND 2.0

El secreto de Kiki

Traducido del alemán por Carles Andreu

TUSQUETS  
EDITORES

Título original: *QualityLand 2.0*

1.ª edición: febrero de 2022

© Marc-Uwe Kling, 2022

© de la traducción: Carles Andreu Saburit, 2023

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)

ISBN: 978-84-1107-229-8

Depósito legal: B. 303-2023

Fotocomposición: Moelmo

Impresión y encuadernación: Egedsa

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# QualityLand 2.0

El secreto de Kiki

Para ti

## PRÓLOGO: EL TITIRITERO

Frank el Gordo está ordenando los aparatos usados de su tienda subterránea, uno de esos negocios de cuya existencia apenas tienen conocimiento un puñado de personas, todas ellas sospechosas. Frank el Gordo es flaco como una adolescente anoréxica. Nadie sabe por qué todos lo llaman Frank el Gordo, pero es lo que hay. En realidad ni siquiera se llama Frank.

Sus estanterías contienen todo tipo de productos de electrónica, desde dispositivos liberados hasta implantes *cyborg* chafados, pasando por sistemas *smart home* craqueados, siempre y cuando encajen en un rango que va de «medio legales» a «totalmente ilegales».

—Bienve... Bienve... Bienvenidos —dice la puerta de Frank. No es que la puerta sea tartamuda, sino que han entrado tres personas en la tienda.

—¿En qué puedo ayudarles? —pregunta Frank. Al oírlo hablar, uno diría que le está cambiando la voz si no fuera porque, en realidad, tiene casi cuarenta años. Entonces se da la vuelta y ve a sus clientes por primera vez—. La madre que me parió...

Ante él tiene a dos tipos vestidos con chándal verde oscuro que parecen gánsteres. Uno es alto y delgado, el otro bajo y gordo. Entre ellos hay un robot rojo, casi sin rostro. El es-

pacio donde debería encontrarse la nariz lo ocupa una enorme *spycam*, como un ojo volador. Frank ha oído hablar de este robot, desde luego: es el Cíclope. Sabe también que el Cíclope no es ningún androide, sino un avatar. O sea, un robot controlado por un humano desde la distancia. Y todo el mundo en los bajos fondos sabe quién controla al Cíclope.

—El Titiritero... —susurra Frank.

—Vaya, mi fama vuelve a precederme —dice el Titiritero, y la grave voz de su avatar hace vibrar la tienda entera.

Los dos gánsteres esbozan una sonrisa idiota.

—Estos dos son mis ayudantes —añade el Titiritero.

El alto y delgado saluda a Frank con la cabeza.

—Bertram —se presenta, con un fuerte acento inglés.

El bajito y gordo levanta una mano y dice:

—Ernst. Aunque mis amigos me llaman Ernie.

—Pero él no es tu amigo, ¿verdad, idiota? —pregunta el Titiritero.

—No, claro.

—¿Pero por qué...? Eh..., ¿a qué debo el honor de su visita? —pregunta Frank, y una vez más se le rompe la voz.

Los dos gánsteres se pasean por la sección de armas y proceden a arramblar con todo lo que les parece útil, como si fuera gratis: proyectiles teledirigidos, pistolas electromagnéticas, lanzacohetes de un solo uso...

—Si buscan recambios... —dice Frank

El Cíclope lo agarra por el cuello y lo aplasta contra la pared.

—Escúchame bien, gusano —dice el Titiritero—. Te voy a...

Y de pronto es como si el tiempo se detuviera. El Cíclope no dice nada más y se queda inmóvil, aplastando a Frank el Gordo contra la pared. En el ojo del avatar hay un círculo rojo que gira en la dirección de las agujas del reloj.

—Ay, no —murmura Ernst—. Otra vez no...

—Perdón —dice Bertram, volviéndose hacia Frank—. Tenemos problemas de conexión.

—El Cíclope está cargando el búfer.

—A veces pasa, sobre todo cuando nos metemos en un sótano, o algo así.

—La verdad es que pasamos bastante tiempo en sótanos...

—*Yeah. Whatever. Just a second*, el avatar volverá a funcionar enseguida.

—Tranquilos, tengo tiempo —grazna Frank.

Ernst se saca una barrita de AzuSaGra del bolsillo de la chaqueta, se la mete entera en la boca y tira el envoltorio al suelo. Frank lo ve, pero no dice nada.

—¿Qué quieren de mí? —les pregunta.

—Pfff, ni idea —responde Ernst con la boca llena—. El jefe nunca nos cuenta nada.

—Pero, *anyway*, tampoco es asunto nuestro —añade Bertram.

—¿Qué te ha dicho antes de colgarse? —pregunta Ernst.

—Ha dicho: «Te voy a...», y entonces se ha perdido la conexión —croa Frank.

—*Well*, vete a saber —dice Bertram—. Supongo que te soltará alguna amenaza.

—Sí —añade Ernst—. Desde luego, seguro que no dice: «Te voy a... regalar una pasta gansa para que mandes a tus hijos a una buena universidad».

—*Nope* —dice Bertram—. Vamos, me sorprendería mucho.

—O: «Te voy a... convertir en una estrella. Tienes una voz magnífica». Es bastante probable que tampoco diga eso.

Bertram se ríe.

—Apuesto a que dirá: «Te voy a empotrar la cabeza en la pared por arte de magia. Contaré hasta tres, *and then* abrazadabra».

—Pero no va a hacer magia de verdad, ¿eh? —aclarara Ernst—. A lo que se refiere es a que te golpeará el cráneo contra la pared con tanta fuerza que va a quedar un agujero en el cráneo y otro en la pared.

—O a lo mejor dice: «Te voy a arrancar los brazos y te pegaré una paliza con ellos».

—Sí, eso ya lo probó una vez.

—Pero no funcionó.

—No, los brazos arrancados son demasiado gelatinosos. Les falta rigidez para usarlos como porras.

—Además quedó todo hecho un asco, con la sangre y tal. Y luego tuvimos que limpiarlo nosotros.

—¿A quién se le ocurre montar un espectáculo así en su propio taller? En fin, yo espero que diga...

De pronto, el Cíclope vuelve a la vida.

—Te voy a empotrar la cabeza en la pared por arte de magia. Contaré hasta tres y, entonces, abracadabra.

Ernst y Bertram se miran, orgullosos. La presión en el cuello de Frank es cada vez más asfixiante y ya casi no puede respirar.

—A la una —dice el Titiritero.

Su víctima gime.

—A las dos...

—¿Qué quiere de mí? —logra decir Frank el Gordo con un hilo de voz.

El Cíclope le estruja el cuello con más fuerza y entonces pregunta:

—¿Dónde puedo encontrar a Kiki Desconocida?



¡SECUESTRAN  
AL TERAPEUTA DE MÁQUINAS  
MÁS POPULAR DE QUALITYLAND!  
(¡Lo que sucede a continuación es increíble!)

¿Qué contenía el paquete que Peter Sinempleo recibió justo al final del libro anterior? ¿Qué le entregó el dron de TheShop, la empresa de venta *online* líder en todo el mundo? Un vibrador de color rosa con forma de delfín. Está claro que el perfil de Peter sigue estando equivocado. O a lo mejor es solo que el jefe de TheShop ha decidido gustarle una bromita.<sup>1</sup> En todo caso, Peter ya se ha reconciliado con el delfín.<sup>2</sup> Lo ha colgado en la pared, como alguna gente hace con sus diplomas.

Justo antes de volar por los aires por culpa de una explosión, John of Us levantó la prohibición de las reparaciones, de modo que Peter ha podido reconvertir su establecimiento de productos usados equipado con una prensa para chatarra en un consultorio de terapia para máquinas. Con un diván para los «pacientes» y un sofá para él.

Encima del diván hay un perro llamado *Vagabundo*. El chucho jadea y babea sobre la tapicería. A Peter lo asombra la precisión con la que la E-nimal Corporation es capaz

1. No se preocupe, querido lector, que este libro no va otra vez de alguien que intenta devolver un vibrador de color rosa con forma de delfín. Aunque, pensándolo bien, sería divertido. Pero no..., ¿o tal vez sí? No, no, lo bueno si breve... Aunque, por otro lado... Bueno, ya veremos.

2. No, no es lo que está pensando. Fiu.

de reproducir animales reales, aunque el hecho de que sus perros también tengan halitosis le parece excesivo. ¿Acaso sus gatos también presentan la típica inclinación felina a dejarse atropellar? Desde luego, sería una forma de aumentar las ventas. «¡Gatos suicidas! ¡Si compras tres, el cuarto es gratis!»

El perro sigue jadeando y Peter esboza una leve mueca de asco.

—¿Quiere que ponga la ventilación? —pregunta Nadie.

—Sí, por favor.

*Vagabundo* levanta la cabeza y ladra.

—No te entiendo —responde Peter—. Un momento.

Abre el menú del perro en su QualityPad y activa el modo Doctor Dolittle.

—A ver, repítelo.

*Vagabundo* vuelve a ladrar, pero ahora el gusano del oído le traduce a Peter lo que dice:

—Si llevaras años sin que nadie te cepillara los dientes, a ti también te olería el aliento.

—Ajá —dice Peter, que no sospecha que están a punto de secuestrarlo.<sup>3</sup> Ensimismado, mira hacia Pink. Por inverosímil que parezca, el viejo le ha cogido cariño al QualityPad y le ha construido un armazón con bracitos y piernas. Ahora la tableta está encima de la mesita, haciendo sentadillas. Es un espectáculo de lo más peculiar.

—El papel pintado del pasillo me da hambre —dice el perro.

Con «pasillo», *Vagabundo* se refiere a la prensa abandonada que hay entre la tienda y la vivienda. Desmantelarla habría costado un pastón, pero Peter tampoco quiere asustar a sus clientes. Así pues, encargó a sus máquinas que tapiza-

3. ¡Suspense!

ran las paredes de la prensa, que ahora es una habitación de paso. Mientras tapizaban, Romeo sucumbía una y otra vez a una subrutina de su código que podría describirse como «pornooperario»: descalzo, con vaqueros sucios y el torso desnudo, el androide sexual se dedicaba a aplicar los rollos de papel de la forma más erótica posible. Con bastante éxito, hasta el punto de que nunca antes se había acumulado tanta gente delante del escaparate de Peter. El papel pintado, barato pero de un gusto francamente discutible, estaba decorado con corales y pececitos de colores, una imagen de un tiempo claramente pretérito.

—Pronto podrás comer —dice Peter—, pero primero tenemos que hablar, *Vagabundo*. Tu dueño dice que pasas olímpicamente de los palos y las pelotas; que te los lanza, pero tú no se los devuelves.

—Es que no le veo el sentido —responde el perro—. Mi consejo, si no quiere perder sus cosas, es que no las tire.

—También dice que no te alegras cuando vuelve a casa. Que no ladras de emoción, ni saltas, ni meneas el rabo, nada.

—Él tampoco meneas el rabo cuando yo entro por la puerta.

—¡Menos mal! —exclama Peter—. Pero cuando te lanzan una pelota o un palo, el objeto es lo de menos: lo único que busca tu amo es que interaccionéis.

—Ese hombre no es mi amo —responde el perro—. Es un desconocido. ¿Por qué iba a interaccionar con él?

—Ese «desconocido» te compró a tu antiguo dueño. Y, por lo tanto, es tu nuevo dueño.

—No.

—¿Cómo que no?

—E-nimals inculca a todos sus animales una lealtad absoluta hacia una única persona —interviene Pink—, hasta el

punto de que, si la dueña muere o el dueño se cansa de ellos, hay que destruir al animal en cuestión. Sinceramente, yo creo que se trata de un efecto secundario deseado. Busca «obsolescencia programada» en internet.

—Tienes un nuevo amo —le dice Peter al perro—. Tu antiguo amo no quería ocuparse más de ti.

*Vagabundo* gruñe.

—¡Ay de ti como hables mal de mi dueño! ¡Que me pongo perro! —traduce el gusano del oído de Peter—. Seguro que se ha ido de vacaciones y volverá pronto —añade *Vagabundo*, meneando la cola.

Peter suspira. En principio solo le queda una salida, piensa, y vuelve a abrir el menú del perro. Encuentra la opción que buscaba al final de todo: «Sacrificar».

—¡Menudo dispendio! —dice, y pulsa «Sacrificar».

El perro suelta un gañido.

Aparece un *pop-up* en la pantalla: «¿Está seguro de que quiere sacrificar a su mejor amigo? Si pulsa “OK”, recibirá un vale de descuento del 30 por ciento para adquirir un nuevo mejor amigo en E-nimals».

—Déjame un rato a solas con él —dice Pink.

—¿Qué le vas a decir? —pregunta Peter.

—Eso es cosa mía. Tú ve a comer y descansa un rato.

—Vale —responde Peter, que cancela el sacrificio—. ¿Qué es lo peor que podría pasar?<sup>4</sup>

Peter se levanta y se dirige hacia la puerta. Entonces se da media vuelta.

—Si apareciera Kiki...

4. Existe un interesante estudio en el que participaron numerosos asistentes digitales personalizados de personas que habían experimentado una muerte súbita. El estudio concluye que «¿Qué es lo peor que podría pasar?» es la frase más habitual en dicha situación, seguida de cerca por «Déjame, yo controlo» y «Pasa a conducción manual».

—Hace semanas que no se ha puesto en contacto contigo —lo corta Pink—. Dudo mucho que elija precisamente la hora del almuerzo para dejarse caer por aquí.

Peter suspira y coge su sombrero nuevo del colgador. Es un sombrero de fieltro gris de la marca Bogart. Peter leyó en alguna parte que los sombreros protegen contra la videovigilancia desde las alturas.

—A ver, *Vagabundo*, atiende —le oye decir a Pink antes de salir—. ¿Tú sabes cuál es la diferencia entre poder y autoridad? Según Max Weber, la dominación se basa en la obediencia. Así pues, permíteme una pregunta: tu nuevo dueño ¿se ha ganado tu obediencia? De hecho, si me permites explayarme un poco más: ¿cuál fue la última vez en que un ser humano se ganó nuestra obediencia?

Delante de la consulta hay un dron de pasajeros esperando a Peter. Es extraño, pues él no ha pedido ninguno. Junto al dron hay dos tipos negros ataviados con traje blanco y pinta de llevar un arma escondida en alguna parte. Aunque, a juzgar por su aspecto, rara vez deben de necesitarla. Desde luego, no la necesitarán para encargarse de Peter.

—Sube —le dice el menos enorme de los dos, y empuja a Peter hacia el dron.

—¿Y si no quiero? —pregunta Peter desafiante.

Entonces el más enorme de los dos hombres lo agarra con ambas manos y lo sienta en el dron. Los dos tipos se meten en la cabina, la puerta se cierra y el dron se eleva. Peter ni siquiera ha tenido tiempo de aporrear la ventanilla para pedir ayuda. Y el Tercer Convenio de Ginebra estipula que un secuestrado debe disponer de tiempo por lo menos para eso.

—¡Nadie! —exclama Peter—. ¡Ayúdame! ¡Pon una llamada de socorro!

—No hay conexión a QualityNet —dice Nadie—. Nadie no está disponible.<sup>5</sup>

El dron se eleva a toda velocidad y el pánico va apoderándose de Peter. Sus pensamientos zumban desquiciados como una chinchilla colocada con *speed*. ¿Quién acaba de secuestrarlo? ¿Tal vez unos terroristas de QuantityLand 7: playas soleadas, ruinas fascinantes? ¿O unos rompemáquinas que pretenden usar al terapeuta de máquinas más famoso de QualityLand como escarmiento? ¿O seguidores del malvado líder intergaláctico Xenu, que ha logrado escapar de la montaña donde ha pasado setenta y cinco millones de años preso dentro de un campo de fuerza alimentado por una batería eterna, y que ahora necesita uno de los thetanes más antiguos adherido al alma de Peter para sus malvados planes intergalácticos? Esta última posibilidad seguramente se puede descartar; siempre que uno no crea en la cienciaología, claro.

Peter mira por la ventana abierta. ¿Y si los dos tipos negros del traje blanco pretenden simplemente tirarlo del dron cuando alcancen la altura adecuada? Últimamente ha oído en los medios que el crimen organizado se dedica a mandar a sus víctimas al otro barrio tirándolas desde drones. Para las autoridades son asesinatos muy difíciles de aclarar, por lo que en muchos casos acaban considerándose suicidios. Por

5. Tomémonos un instante para, a pesar de la crítica situación de Peter, admirar en este punto la belleza (desde luego involuntaria por parte del sistema) de esta última frase: «Nadie no está disponible». Cuánta verdad e intuición para con el espíritu de la época destiladas en una frase por lo demás tan sencilla. «Nadie no está disponible» o, en otras palabras, «¡Todo el mundo está disponible!». ¡En todo momento! Y si todo el mundo está disponible, ¿no significa eso que cualquiera puede disponer de cualquiera? En ese caso, nadie es libre. Estamos todos privados de libertad. ¿Y no es igualmente cierto que otra forma de expresar que nadie es libre sería diciendo que estamos todos secuestrados?

razones más que comprensibles, los drones de pasajeros normales no tienen ventanillas, o sea, que este en particular deben de haberlo fabricado según unas especificaciones personalizadas. ¿Quién puede permitirse algo así? Aunque la pregunta que más obsesiona a Peter es la siguiente: ¿por qué dos tipos negros con trajes blancos? ¿No tendría que ser al revés?

¡Ay, casi no se puede aguantar tanto suspense! Pero ahora pasemos a algo completamente distinto.<sup>6</sup>

6. Durante el resto de los capítulos haré un esfuerzo por limitar el número de notas al pie innecesarias. Aunque, la verdad, no puedo prometer nada.

## Neoliberales

Aunque oficialmente QualityLand es un país secular, extraoficialmente y de forma casi invisible el neoliberalismo es algo así como la religión oficial. No es la comunidad de fieles más numerosa, pero desde luego sí es la más influyente, ya que gran parte de las élites son devotas del libre mercado, al que los neoliberales subordinan cualquier forma de vida en el planeta. Las estatuas de sus estilitas, el falso cowboy Ronald y su dama de hierro Margaret, presiden los imponentes portales de sus templos, llamados *think tanks*. Sus sacerdotes, llamados «expertos», son invitados habituales en todas las tertulias importantes. Sus apóstoles, sobre todo Milton Friedman y Friedrich August von Hayek, son adorados regularmente en todo tipo de conferencias y reuniones. Aquellos países donde los neoliberales han logrado hacerse con el poder absoluto han impuesto consejos de expertos económicos conocidos como Gobierno de expertos.

Seguramente a muchos les sorprenderá descubrir que esta orientación religiosa hoy omnipresente, con sus estrictos mandamientos y sus promesas de salvación de apariencia absurda, no nació como una religión. Al contrario, inicialmente el neoliberalismo se propuso como una ciencia. ¡Hoy puede parecer absurdo, pero es así! ¿Cómo se produjo esa transformación?

Muy sencillo: las comunidades religiosas registradas están libres de impuestos. Y aún hoy el séptimo mandamiento de los



neoliberales es «No pagarás impuestos». O, en palabras del sabio de sabios Friedrich Lobista, «pagar impuestos es cosa de tontos y pobres».

Además, cuando hacía ya varias décadas que el neoliberalismo era el pensamiento predominante, se constató que muy a menudo sus afirmaciones no se correspondían con la realidad. Y, a partir de ahí, ya solo había un paso para convertir la ideología en religión, pues si en algo coinciden las principales religiones es que muy a menudo sus afirmaciones no se corresponden con la realidad. Las promesas del neoliberalismo son ajenas al sentido común, por lo que quedan necesariamente circunscritas al ámbito de la fe.

